

Beso puro que engendren las miradas
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,
Que sientes lo que siento,
Que es el porvenir de luz y flores
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Dí que verme á tus plantas
Es de tu vida el sueño,
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...
De que me hables así... no tengo miedo.

Colina (Rafael B. de la)

LA ROSA

A LA SEÑORA DOÑA ROSA MARIN DE ROMERO VARGAS

I

Allá del mundo en la remota infancia,
Más blanca que la pálida azucena,
Modesta y sin fragancia,
Nació la rosa de hermosura llena.
Envidiosas las flores la veían
Ostentar de sus hojas la blancura,
Y entre risas y lágrimas decían:
—«¿De qué sirve á la rosa su hermosura,
Si el cielo le negó vivos colores
Y á la brisa no halaga con olores?»—

Entre tanto la rosa
 En su humildad callaba,
 Y bella y pudorosa
 A los besos del céfiro temblaba.

II

Dulce como el suspiro
 Del aura tibia y pura,
 Que en delicioso giro
 Amor va murmurando en la espesura,
 Más bella que el Edem en donde mora,
 Más pura que el cristal del arroyuelo,
 La primera mujer encantadora
 Abre sus ojos á la luz del cielo.
 Y su intensa mirada,
 Su mirada de fuego y de ternura,
 Se fija enamorada
 De la rosa modesta en la hermosura:
 —« ¡Cuán bella es esa flor de casto broche...
 Si en mis blondos cabellos la prendiera,
 Brillára en ellos como en negra noche
 Brilló la luna por la vez primera. »—
 Dice, y gentil cual la gacela hermosa
 Que el bosque cruza con ligera planta,
 Eva la bella hácia la casta rosa
 En alas del deseo se adelanta
 Y va á tocarla, cuando aguda espina
 Hierde su mano, y nacarada gota
 De sangre ardiente brota
 Que cae sobre la flor alabastrina!.....

Tembló la blanca rosa enamorada,
 Sus pétalos de nácar se cubrieron,
 Y su esencia aromada
 Los céfiros bebieron.

Desde entónces la rosa entre las flores
 Muestra en sus hojas el color de Oriente,
 Y al asomar el sol su roja frente
 Aspira de la rosa los olores.

Córdoba (Cirso Rafael)

PORVENIR

À MI AMIGO EL SEÑOR DON IGNACIO ROMERO VARGAS

Canoros ruiseñores
 Que, suspirando al declinar el día,
 Decís vuestros amores
 En deleitosos trinos seductores
 Que encanto dan á la floresta umbria!
 Yo sé que al dulce acento
 Con que soleis contar vuestras querellas,
 Sus alas pliega el viento,
 Recoge vuestras notas, y violento
 Va luego al valle á regalar con ellas.
 Yo sé que la azucena
 Que las verdes campiñas engalana

Y de fragancia llena,
 Al oír vuestra tierna cantilena
 Abre su cáliz y os saluda ufana;
 En tanto que la rosa
 Enamorada tiembla, y encendida
 Muestra su faz preciosa,
 Porque vé á la azucena pudorosa
 Con vuestro alegre canto suspendida.
 Yo sé que el claro río
 Sus ondas encadena al escucharos,
 Y que el ardiente estío
 Ve á sus ninfas con grato desvarío
 En la florida márgen esperaros.
 Yo sé que la paloma
 Que oculta vive en el peñasco hueco
 De la apartada loma,
 Cesando de gemir, vuestra voz toma
 De su perdido amante por el eco.
 Y sé que el firmamento
 Ese inmenso tapiz bordado en oro
 Y diamantes sin cuento,
 Suspende el misterioso movimiento
 Al escuchar vuestro cantar sonoro.
 Que enmudecen los mares
 Los ímpetus domando de su ira:
 Las selvas seculares
 Callan también, si el gozo ó los pesares
 Cantais al son de la sagrada lira.
 ¡Ah, salve, hijos de Apolo,
 De la creación egrégios soberanos,
 A cuya voz tan sólo
 Se alza un eco del uno al otro polo

Que no se alza á la voz de los tiranos!
 Vuestras nobles conquistas
 Envidia el pecho con afán profundo:
 Que por do quiera listas
 Las coronas están que á los artistas
 En premio da la admiración del mundo!
 Con paso majestuoso
 Las edades cruzais, é indeficiente
 Del caos espantoso
 Las sombras quita el rayo luminoso
 Que vá brotando vuestra altiva frente.
 Cuando anunciáis la idea
 Que ha de alumbrar los vastos horizontes,
 Cuando exclamais ¡Luz sea!
 ¿Qué importa que el exéptico no os crea,
 Si el radioso fulgor dora los montes?
 Así el génio atrevido
 En el mundo oriental tendió su vuelo
 De gloria circuido;
 Y sus artes y ciencias no ha podido
 Cubrir aún el funerario velo.
 Que de entre el polvo oscuro
 Que audaz el tiempo rápido amontona,
 Se lanza al éter puro
 Un acento inmortal firme y seguro
 Que ensalza al génio y su poder pregona.
 Así el osado griego
 Del númen sacro en el ardor se inflama,
 Y el mundo siente luego
 De aquel divino, inextinguible fuego
 Por sus venas correr la activa llama.
 Del Orbe la señora

Alza al génio tambien brillante sólio,
 Y en sus colinas mora
 La deidad que más puros atesora
 Los láuros del soberbio Capitolio.
 No de sangre teñidos
 Esos láuros están, ni los regaron
 En los pueblos vencidos
 Las lágrimas que rostros afligidos
 Como lavas candentes abrasaron.
 Ni son el triste emblema
 De la nefanda esclavitud que al mundo
 Da lúgubre anatema,
 Sino del génio la inmortal diadema,
 Del libre génio como el sol fecundo.
 En su incansable vuelo
 Y de esa luz radiante circundado,
 A nuestro hermoso suelo
 Llega por fin, y se deshace el velo
 Que tiene oculto al porvenir soñado.
 Así la niebla oscura
 Tiende su manto en la empinada sierra,
 Y llena de tristura
 Los silenciosos bosques do natura
 Su régia pompa y majestad encierra.
 Mas sale el rey del día
 Y rompiendo las gasas, de improvisó,
 La ansiada luz envía
 Que devuelve su agreste poesía,
 Su esplendor á aquel bello paraiso.
 ¡Cuál brillan las cascadas,
 Que en blancos copos bajan rumorosas!
 Bajo estas enramadas,

¡Con qué trinos de amor son saludadas
 Las brisas, y las fuentes, y las rosas!
 Yo allá vagué perdido
 Cual avecilla errante que deshecho
 Halla su dulce nido,
 Y piedad á las selvas he pedido
 En el dolor que desgarraba el pecho.
 Y acaso me escuchaban
 Y de mi fiero mal se condolian
 Pues las hojas temblaban,
 Y aun parecióme oír que suspiraban
 Y mis tristes acentos repetian.
 De mi existir las horas
 Iban así con lentitud pasando,
 Cuando puras, sonoras,
 Un día vuestras voces seductoras
 A mi albergue llevó céfiro blando.
 — ¡Atrás quedad — dijeron —
 Los viejos horizontes... — Y al instante
 En mis venas cayeron
 Gotas de fuego que temblar me hicieron
 Y responder al númen: ¡Adelante!
 ¡Adelante, poetas,
 Y vosotros, ardientes corazones,
 Generosos atletas
 De esa gloriosa lid á que sujetas
 Del génio están las nobles ambiciones!
 Que el arte regenere
 Con su dichosa y mágica influencia
 A la patria, que quiere
 La gloria conquistar que nunca muere
 Y el destino que da la inteligencia.

¿Por qué, al pasado fijos,
 Habrán de rechazarse nuestras manos
 Con rencores prolijos?
 ¿Del arte acaso los amantes hijos
 Se llamaron do quiera sino hermanos?
 Atrás la sombra quede
 Y en ella envuelta la terrible historia:
 Ya el fiero Marte cede
 Su campo al dios que conducirnos puede
 En sus alas al templo de la gloria.
 Dejad que yo bendiga
 La dulce paz que frutos tan opimos
 A México prodiga,
 Y á cuya sombra protectora, amiga,
 El porvenir á saludar venimos.
 Los rayos de esa aurora
 Se miran en risueña lontananza...
 ¡Deidad encantadora,
 Salve á tu luz que vívida colora
 El cielo del amor y la esperanza!

Guellar (José G. de)

A CERVANTES

Nació al albor de la primer mañana
 De una region de luz desconocida,
 De do la vida de los mundos mana,
 Espíritu inmortal, del mundo egida,
 Nuncio de gloria de la estirpe humana.

Ángel, tendiendo las potentes alas,
 Se lanza en los espacios insondables,
 Surca mares de gasas transparentes
 Y piélagos de sombras impalpables,
 Do ruedan en miriadas los nacientes
 Globos, que al *fiat* fecundo
 Del Hacedor, brotando de la nada,
 Ser y vida reciben, y ya pueblan
 Vasta extension, un mundo y otro mundo.

Las alas bate aún; y donde quiera
 Que la mirada fúlgida dirige,
 Polvo de estrellas en el éter cunde,
 Que un lampo solo de la luz eterna
 Dora y matiza, y su camino rige
 Y la vida á torrentes
 En las etéreas bóvedas difunde,
 Así el génio bajó sobre la tierra
 Á cumplir su mision de paz y gloria,
 Y su trono erigió sobre las ráudas
 Edades que pasando,
 Van á sus piés en deleznable escoria
 Su fasto y triunfos, miseras, tornando.

Vió los pueblos nacer, vió las naciones
 En formidable lucha ensangrentando
 Sus nítidos blasones,
 Miró la vanidad alzar los templos
 De fugitivas glorias,
 Á la ambicion palacios esplendentes
 De fausto y pompa ejemplos,
 Y vió despues el viento del olvido
 Barrer tan sólo escorias,
 Y á solitario capitel de piedra
 Muda abrazarse trepadora yedra.

Todo rodó á sus piés cual polvo vano:
 Razas, pueblos y edades,
 Y templos, monumentos y ciudades;
 Todo el tiempo lo trunca
 Mas los triunfos legítimos del génio,
 Por mandato de Dios, no mueren nunca.

No muerèn, no; regístralos la historia
 Mostrando sin cesar á la memoria
 Un más allá esplendente,
 Una vida mejor á la que aspira
 El alma entre el engaño y la mentira
 De esta rápida vida transitoria.

Mas ¡ay! no siempre el mundo
 Al génio poderoso
 Justo homenaje rinde;
 Torpe la envidia arrójale profundo
 Sarcasmo venenoso;
 Viles pasiones á sus pies se arrastran,
 Copa de hiel le ofrecen,
 Y en vez de comprenderle le escarnecen.

Así, más tarde, la justicia muestra
 Inexorable al mundo,
 En su pasmo profundo,
 Sobre su rico pedestal, el llanto
 Del mutilado ilustre de Lepanto.

Así, más tarde, la conciencia humana
 Convoca al borde de dorada tumba
 A pósteros que lloren,
 Y en desagravio del pasado imploren
 De otras generaciones la asistencia,
 Al grito llamador de la conciencia.
 Así nosotros hoy, tras dos centurias
 Y más, venimos á llorar á un hombre
 De esclarecido y de eternal renombre;
 Y en medio á la intuicion de lo infinito,

Conocemos que alivia
 El peso abrumador que nos oprime
 Algo consolador, grande y sublime;
 Algo que nos eleva
 Del lodazal de miserables pasiones,
 Y á contemplar nos lleva
 Del mundo en la remota lontananza
 Una vida de gloria y de esperanza.
 Porque el génio redime
 Al que del mundo para siempre es ido,
 Del peso de la muerte y del olvido.

No acabar, extinguiendo
 Con un soplo fugaz lo que el espíritu
 Está en la vida sin cesar buscando:
 No vivir vegetando
 Para yacer despues siempre muriendo,
 Es el triunfo mayor de nuestro anhelo,
 Es conquistar desde la tierra el cielo...

¡Cervantes inmortal, mártir sublime!
 De España los dolores,
 Y de émulos bastardos los rencores
 Despertaron en tu alma la amargura:
 Pediste pan dentro el hogar vacío,
 Y sólo el hambre ¡ay Dios, llamó á tu puerta,
 Cuando el alma tenías,
 Para dar gloria á España
 De par en par abierta!..

No hubiste pan, y altares merecías,
 Lloraste y hoy te llora el mundo entero;

La risa con que tú te estremecías
 Resuena en nuestros dias
 Como un eco de gloria placentero.
 Hondos fueron tus males
 Viviendo en el olvido,
 Y al escribir con lágrimas de sangre
 Tu Quijote inmortal, legaste al mundo
 En tu dolor profundo,
 Tu época retratada
 En tu tremenda y ronca carcajada.
 Es que el génio inmortal que al mundo vino
 Tocado tu alma había,
 Y en medio á los vaivenes del destino,
 Tú, soldado, ya pobre, ya doliente,
 Brillaba ya sobre tu noble frente
 Láuro eternal que el mundo envidiaría.

Tu tránsito acabó: y en tu postrera
 Terrible noche, de vivir cansado,
 Y solo y triste, ¡adios! dijiste al mundo
 En brazos de tu pobre compañera,
 Transida el alma de dolor profundo,

Y acaso ya sabias,
 Cuando llegar sentías
 Brisa de eternidad, que á los oidos
 Del moribundo zumba,
 Que aunque la indiferencia y el olvido
 Perdieran hasta el rastro de tu tumba.
 El admirable libro que escribías
 Iba á robar sus sombras á la muerte,
 Iba á rasgar los velos del olvido,

Y leyéndolo el mundo en nuestros días
 De muy distinta suerte,
 De su loco entusiasmo en los excesos
 Iba á entonar sentidas gemonías
 Por no tener ni el polvo de tus huesos.
 Tu tránsito pasó sobre la tierra,
 Pasó del tiempo la doliente saña,
 El dolo, el llanto y el dolor que aterra,
 Para luégo nacer gloria de España,
 Para luégo vivir con las edades
 La vida de los siglos en la historia,
 La vida de los génios en la altura,
 Para sentir honrada tu memoria
 Cuanto fué desdeñada tu amargura.
 El triunfo es tuyo, á tu mansion de gloria
 Llegue el himno elevado en tus altares;
 Y en tu descanso angusto,
 De la posteridad que te comprende
 Oigas el fallo justo,
 Pues supiste ¡oh ingénio sin segundo!
 Con sólo un libro cautivar al mundo.

Covarrubias (Juan Diaz)⁽¹⁾

FRAGMENTOS

.....

 ¡Ay del triste que vió desvanecerse
 La ilusion que soñaba su esperanza,
 Quiso tocarla y la miró perderse
 En las brumas de oscura lontananza!

Triste de aquel que su brillante gloria
 Juguete vió del fugitivo viento,
 Y contempla un martirio en su memoria
 Y un torcedor su mismo pensamiento.

(1) Cuando Juan Diaz Covarrubias iba á recibir el título de Doctor en Medicina, fué fusilado con otros jóvenes liberales el 11 de Abril de 1859 en la villa de Yacubaya (México) por haber prestado sus auxilios á los defensores de sus ideas. Por tan triste muerte, se le da el nombre de Poeta Mártir.

Triste de aquel que vive en el pasado
Mirando en su pesar desvanecida
La ilusion del amor, manto gastado
Que engalana la mómia de la vida.

Triste de aquel que en su marchito seno
Sintió llevar el cáncer de la duda,
Bebiendo gota á gota ese veneno
Que le dejó la realidad desnuda.

Era su vida flor que se mecía
Al suave arrullo de la brisa ufana;
Dé esa que fuera tan brillante un día
Ni hojas siquiera quedarán mañana....

Mas oye corazon, basta de llanto,
Guarda la hiel de tu dolor profundo,
Que la queja letal de tu quebranto,
Ni la comprende ni la escucha el mundo.

¿No sabes que las quejas que se lanzan
En medio de la noche silenciosa,
Nunca otro seno á conmover alcanzan
Y se pierden en la aura vagarosa?

Lo sabes, corazon; forja otra historia
Sin las gratas venturas que he sentido:
Yo no quiero esperanzas, ni memoria,
Yo no quiero recuerdos, ¡quiero olvido!

Dominguez (Ricardo)

CAMBIOS

Todo cambia en el mundo, ayer estaba
Ese lirio en boton,
Esas nubes que vagan en ocaso
En la cuna del sol.
Esas tiernas, inquietas golondrinas,
En las olas del mar,
Tu pensamiento en el recuerdo mio,
(Porque al fin nos supimos adorar.)

Y ahora, niña, ahora, el blanco lirio
Deshojándose está;
Las nubes del oriente en el ocaso,
La golondrina en mi desierto hogar.
Tu pensamiento en la brillante idea
De otra nueva pasion;
Tú alegre y satisfecha y venturosa,
¡Y aislado y triste!, y sin consuelo yo!

Á ELLA

Por más que sueñes que soy felice,
 Por más que tu alma pura y hermosa
 Se afane en verme bajo ese prisma,
 Tengo unas penas que me devoran,
 Lloro si canto, lloro si rio,
 Y vivo triste, como la tórtola,
 Porque es mi vida negra y sombría,
 Negra, muy negra, triste y odiosa,
 Como los tédios
 Que me acongojan,
 Como la tumba,
 Como la sombra.

Tú en cambio, niña, vives contenta,
 Siempre tranquila, siempre dichosa,
 Como en la cuna jugando el niño,
 Como en los campos las mariposas,

Como en el cielo la blanca estrella,
 Como en las nubes la inquieta alondra,
 ¿Por qué tu vida no es cual la mía?
 ¿Por qué es alegre, rica y hermosa,
 Como la dicha,
 Como la aurora,
 Como el aplauso,
 Como la gloria?

Echaiz (Jesus)

GALILEO

En un rincón de su prisión oscura,
Callado el génio, de dolor suspira,
Ante un fantasma que delante mira,
De tórva faz y negra vestidura.

Es el inquisidor que grita: — ¡Abjura!
Renuncia de tu herética mentira,
Di que la tierra está.... — La tierra gira,
Le contestaba el sábio con dulzura.

Airada planta hiere el pavimento,
Y por oscuro callejon torcido
Asoman el verdugo y el tormento.

Al punto triunfa la ignorancia aleve
Y exclama el sábio triste y abatido:
— Y sin embargo, siento que se mueve.